

LA NADA DETRÁS DE LOS ESPEJOS

// Orlando José Oliveros Acosta
Estudiante de Lingüística y Literatura (UdeC)
Ensayo ganador del II Concurso de Ensayo
de la Cátedra Unesco 2014.

Una proposición inobjetable en nuestros días es que a la ciudad de Cartagena se la ha querido construir a partir de modelos importados. Nadie pone en duda que el estereotipo que manejan los gobernantes para llevar a cabo sus acciones políticas viene cargado de instituciones y visiones del mundo ajenas a la heterogeneidad cultural que caracteriza a las comunidades de los barrios populares, que son la gran mayoría de la población distrital. Esta situación encuentra una motivación histórica más que comprensible: el hecho de que Cartagena haya sido fundada por españoles y no por nativos indígenas¹. En ese entonces la balanza de los poderes públicos estaba tan desequilibrada que el trazado de las calles, la edificación de templos religiosos, los puertos o los festivales provenían oficialmente de una misma cultura, desplazando las prácticas tradicionales de los indígenas o, posteriormente, de los negros esclavizados. Cuatrocientos ochenta años después, el ejemplo de aquella censura social sigue vigente e igual de hostil, perpetuándose en la hegemonía de los que tienen mayor poder estatal.

Nos enfrentamos entonces a la problemática de los modelos de belleza traídos de afuera, y a la desaparición de la producción cultural de la gente pobre en Cartagena por no concordar con esa estética. El espacio público, la música que componemos, las celebraciones que realizamos remolcan consigo la marca de la vergüenza y de la falta de orgullo. La ineptitud del Estado para rescatar cada porción de nuestra diversidad se traduce en desinterés y arrogancia, y de ella se deriva el castigo de que jamás hayamos concretado un verdadero proyecto de ciudad.

El primer ejemplo de esto es la Champeta. Este género musical ha sido estigmatizado con la bandera de la violencia, la contaminación auditiva y los disturbios nocturnos, especialmente por el medio más común en el que se transmite: los bailes de Picós. La han tratado de ruidosa, de obscena, de ser la consigna pública de los bandidos y pandilleros, incluso de no llegar a la categoría de expresión artística porque su ritmo y sus letras son de baja calidad poética. Cuando un alcalde obtiene un saldo de muertos luego de un baile de Picó no lo piensa dos veces para clausurar estas celebraciones.

La verdad es que todos los juicios anteriores son conclusiones incorrectas, generadas por la incapacidad de muchos para rastrear el origen de los problemas. Varios confunden el nexo de causalidad entre violencia y población, y se lo atribuyen ilógicamente a la Champeta, cuando lo que realmente provoca que existan crímenes y atentados contra la comunidad misma es la falta de cultura ciudadana de la que es responsable, en gran medida, el Estado. Aquí no se llevan a cabo campañas contra la agresión o la intolerancia, ni se realiza un reconocimiento notorio de la Champeta como un símbolo distrital, más bien se buscan medidas que acaben terminantemente con este género. Es sensato pensar que a la alcaldía no le interesa salvar la Champeta, ni le importa que las personas que gozan de ella se sientan mutiladas y vacías con el recorte de su educación sentimental. Durante el gobierno 2008 - 2011 se presentaron grandes conflictos en el estadio de fútbol por el roce entre las barras bravas y la solución planteada fue un proyecto para amistar y educar cívicamente a los integrantes de dichas barras.

Los funcionarios de ese entonces se percataron que el problema no era el fútbol,

¹Me refiero a la Cartagena de Indias fundada por Pedro de Heredia en 1533. Antes de la llegada de los españoles había un asentamiento indígena denominado Kalamarí, pero la "conquista" fue tan violenta que de aquel poblado no queda más que el recuerdo.

sino cierta fracción de asistentes al estadio que necesitaban una lección de convivencia. ¿Por qué no consiguen la misma reflexión con la Champeta? Sencillamente a nadie se le ocurrió demoler el estadio y acabar con el fútbol, porque este deporte cuenta con una legitimación internacional que no tienen los sectores populares de Cartagena. Hemos sido víctimas de la negligencia del Estado con la identidad de su pueblo. Todo evento masivo que se haga en la ciudad debe tener un lugar adecuado, una logística preparada, y un cordón de seguridad garantizado por la policía. Así sucede con los conciertos de grandes cantantes de salsa, pop o rock, que son géneros validados por la globalización y mueven increíblemente la economía. Pero esto no se da en los bailes de Picós: no hay una regulación adecuada, la logística no existe, y los policías sólo entran al lugar después de que ocurren las tragedias. Hay un cierto desgano para proteger la música que creamos y en cuyas letras se esconden las confesiones más conmovedoras de la vida cotidiana en la que estamos metidos. Cada coro, cada paso de baile al ritmo de nuestros sonidos guarda un íntimo retrato de nuestros amores no correspondidos, o un recuerdo asustado de la violencia de otra época que aún no ha terminado.

Pero los significados y la evaluación de lo que hacemos son cuestión de poder, y en este remedo de democracia, el poder no lo tiene la gente pobre. Es así como sus gustos no cuentan en una ciudad donde se monta cada piedra, y se levanta cada plaza, con el visto bueno del intelectual extranjero. Es así como la Champeta y los bailes de Picós quedan relegados a un ruido fastidioso carente de toda voluntad artística.

Veamos. La música es una noción cultural, como también lo es el ruido. Ambos son conceptos para valorar los sonidos. El primero es una valoración positiva y el segundo una negativa. Una valoración depende del sujeto que la ejecuta. Ahora, siendo dichas categorizaciones tan subjetivas ¿Con qué criterio puede un grupo desdeñar las prácticas musicales de otros? ¿Qué absurda pretensión es ésta de creer que algunos gustos son mejores que otros?

Pierre Bourdieu basó sus estudios sociológicos en la idea de que la sociedad es un conjunto de campos relativamente autónomos, cuyas instituciones y agentes más poderosos luchan por la apropiación del sentido del todo. La gente pobre de Cartagena, mal llamada clase baja”, ha perdido siempre la batalla por imponer con orgullo sus propias significaciones, y esto se debe a que los funcionarios que escogen para que manejen su ciudad se desprenden descaradamente de los imaginarios culturales que en ella nacen. Durante años se ha presenciado la bochornosa hipocresía de candidatos que usan eslóganes populares y jingles con música Champeta pero que luego, en el poder, hilvanan su línea de gobierno con la opinión estética de un remoto lugar fuera de la región, que consideran más desarrollado. El buen gobernante debe saber que la gente pobre y la de los barrios populares está en desventaja en cuanto a sus concepciones musicales, artesanales, deportivas, poéticas, entre otras, y entender que aquella posición privilegiada en la que se encuentra (investido de poder público y de influencias) debe servir para equilibrar la balanza entre los que detentan el capital simbólico en todas las áreas de la sociedad y los “ninguneados”, como solía llamarlos Eduardo Galeano².

Porque nadie puede obligar a otro a seguir sus gustos, pero alguien que ha sido elegido para personificar la diversidad de un territorio tiene por obligación dejar a un lado su visión del mundo para desarrollar la inmensa miscelánea de tradiciones, costumbres y buenos hábitos del pueblo que le otorgó la soberanía gubernamental.

El segundo ejemplo de la problemática de los modelos de belleza importados y la desaparición de la producción cultural de la gente pobre en Cartagena gira en torno al espacio público. Constantemente hemos sido testigos de la moda de la “reubicación”. Si ciertos vendedores informales ocupan un andén, la solución más simple que se le ocurre a un gobierno es darles una indemnización y desalojarlos del lugar, y si tienen suerte, mandarlos a otro sitio *más apto*. Todo con el objetivo de despejar los espacios públicos y garantizar la circulación

² GALEANO, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Madrid: Editorial Siglo XXI; 2006. p. 5



Tomada de: <http://www.daantart.org/imagenes/78675.html>

de los peatones y los automóviles. Esto no sería tan malo si la misma medida no fuera evitada con los restaurantes y sitios de *más prestigio*. Y entiéndase “prestigio” como un eufemismo para denominar locales con amplio capital económico y simbólico. El Centro histórico es la muestra perfecta de cómo la fuerza pública expulsa a vendedores informales y custodia con igual pasión las mesas de los restaurantes de la alta sociedad que se atraviesan en las plazas y los andenes, e incluso, en las mismas calles. La Plaza de Santo Domingo, la Plaza Fernández Madrid o la Calle Segunda de Badillo tienen dispersadas por todo su espacio sillas y mesas decoradas con un enorme parasol que exhibe la sonada marca de una cerveza. Pero nadie se queja, nadie dice nada. No hay molestias por parte de nuestras instituciones públicas que tanto se preocuparon por mantener las aceras libres de vendedores intransigentes.

Aquel silencio es movido por una idea sencilla, pero atroz: la de que aquellas mesas son “más bellas” que las chazas de las remontadoras de calzado, y que en ningún caso nos avergüenzan frente al turista. Para que esta ciudad sea construida a partir de modelos de belleza importados tiene que ser pensada primero como una ciudad para el turista, para el que viene y no para los que están. Eso hemos sido siempre desde el inicio de los tiempos modernos, una comunidad servil a las interpretaciones ajenas sobre lo

que es bello y es feo. Como la gente de otras ciudades más desarrolladas piensa que estos restaurantes bohemios³ son hermosos, al pie del adoquinado colonial, y cerca de los coches antiguos, aceptamos con alegría que las plazas se atiborren de sillas y extranjeros, aún cuando la gran mayoría de la población no tenga un peso para pagarse el cóctel más barato. En contraposición, lo que es “feo” debe ser desterrado del Centro, debe ser mandado a una zona apartada de la urbe, donde es necesario que vayamos a buscarlo y no que se nos aparezca por ahí cuando estemos paseando.

Es tanto el temor de los funcionarios a fomentar lo que nos pertenece que nunca han implementado una solución compleja al tema del espacio público.

En el 2012 se ejecutaron órdenes para “limpiar” la vieja Plazoleta de Telecom y sus calles colindantes donde estaban ubicados un sinnúmero de relojeros y remontadoras de calzado. La vía fácil consistió en una indemnización (que sacan de los impuestos pagados por el contribuyente) y posteriormente el desalojamiento. Pero ninguno vislumbró un proyecto económico-cultural para convertir esa calle en la Calle de los Relojeros o apoyar un Portal de las Remontadoras de Calzado, todo porque en lugar de apreciar el potencial artesanal de estos oficios, ven algo de lo que puedan

³ Entiéndase “bohemio” como una imitación formal de la bohemia de otros tiempos, pues sigue siendo locales con amplio capital económico.

avergonzarse. No tuvieron en cuenta que el Portal de los Dulces fue también una exquisita invasión del espacio público que terminó siendo reconocido como patrimonio histórico de la ciudad.

Es una tristeza saber que un gran porcentaje de nuestras desgracias como ciudad son producto de la falta de imaginación de sus dirigentes, de sus miedos a futuro, del ridículo inexistente que creen que vivirán ante la reivindicación de nuestra cultura.

El contraste entre lo que es “bello” y lo que es “feo” se reflejó con autoridad en la más reciente Cumbre de las Américas cuando el gobierno permitió que alzarán una gigantesca tienda portátil de Juan Valdez frente a la Torre del Reloj y corrió con policías y personal de logística al grupo de tuchineros ubicados en la zona, que provienen de una comunidad indígena y que son reconocidos como la sociedad ancestral que vende café en Cartagena. Ésa es la ciudad que se ha montado con la historia: un imponente monumento a la exclusión y la hipocresía. Fastidiada de sí misma, la ciudad será el escenario desagradable donde el ciudadano acabe mostrando algo que no es suyo, y el turista venga a conocer algo que ya ha visto.

El tercer ejemplo surge de la gobernabilidad durante las Fiestas de Independencia. Un defecto que sin lugar a dudas se le puede atribuir a los integrantes del gobierno distrital es la irresponsabilidad social con la que han sobrellevado estas fiestas: por ellos es que en nuestra época noviembre arrastra el estigma de la violencia y, por consecuencia, el signo de la muerte y la desaparición cultural. En un afán por garantizar la seguridad recurren a una serie de acciones desesperadas que no han de solucionar nada, sino que buscan clausurar y concluir: impiden que la gente se disfrace para que no haya ladrones encapuchados, pero no registran a todas las comparsas que desean inscribirse; prohíben la pólvora con el argumento de que sólo puede ser usada por profesionales, pero no contratan a esos profesionales; vedan el agua y la maicena, en lugar de armar una campaña de cultura ciudadana que enseñe a echarlas en un ambiente sano y festivo. Son políticas a medias que más que fomentar, desgastan. Y uno puede preguntarse si de

aquí a varios años seguiremos celebrando una independencia que tal vez nunca existió, o si ya no habrá nada por lo que reír y alborotarse en el futuro, pues la forma de gobernar es cortante con cada tradición, con cada evento repetido en los barrios populares a través de las generaciones.

La razón que lleva a un alcalde a cancelar bailes de Picó, a desalojar relojeros y remontadoras de calzado, a clausurar fiestas de independencia y a desgajar paulatinamente las costumbres locales es la misma: no les duele lo que sustenta al imaginario colectivo de su gente. Aspiran a mantenernos en un ambiente callado y ordenado, de seres que observan un desfile de reinas con comparsas y que luego se marchan a su casa a dormir, como probablemente ocurra en otras naciones “más civilizadas”. Pero esto es imposible sabiendo que en nuestra naturaleza humana, de tanto haber convivido por muchos siglos en el Caribe, está inmiscuida la carga conceptual del desorden y la parranda. Ante este postulado de que nosotros los caribeños, y específicamente los cartageneros, somos desorden, muchos se molestan porque lo consideran un insulto. Esto se debe a que entienden la palabra *desorden* en toda su denotación, la conciben como anarquía y la relacionan con la violencia, olvidándose de interpretar siquiera de que, en este contexto cultural, el desorden también es jolgorio y alegría. Festejar ordenado es para el cartagenero un oxímoron. Claro que dentro de esta manera de celebrar la vida hay reglas que se limitan a la lógica contractualista. Esto quiere decir que cedemos algunas libertades para convivir en sociedad, de lo que se deduce que nuestras libertades terminan hasta donde comienzan la de los demás. Por lo tanto se puede hablar de un contrato social en el desorden: los que se echan maicena y agua, los que se abrazan y se juegan bromas, los que bailan y cantan música folclórica, esas personas desordenadas, han establecido un pacto donde sólo pueden llevarse a cabo dichas acciones entre ellos mismos. Si un vecino no quiere participar en las Fiestas de Independencia, no está obligado a ello ni nadie debería molestarlo. Allí subyace el elemento fundamental de la convivencia ciudadana. El alcalde y todo su gabinete deberían promover esta convivencia sin borrar las tradiciones que constituyen la esencia de las fiestas. Lo que hasta ahora se viene haciendo es una insensible



Tomada de: <http://historiasypantoff.blogspot.com/>

imposición de normas que procuran instaurar una frialdad que no tenemos y que no nos pertenece.

La cuestión no es que no podamos aprender mecanismos de gobierno de otras regiones del país y del mundo, porque sí es posible, el problema es cuando pretendemos sembrar manzanas en tierra caliente. Una cosa es aprender y generar desde la originalidad de lo autóctono, y otra muy distinta, copiar sin escrúpulos un modelo que no se ajusta con exactitud a nuestra heterogeneidad. Cartagena se ha deteriorado con estas simulaciones, con estos facsímiles baratos. Todo aquel que pasó por el Palacio de la Aduana ha entrado con la convicción de volverse un mimo, y de transformar a la ciudad en otra especie de mimo insomne y miserable que replica sin gracia las dinámicas sociales de las ciudades más extrañas a nuestra realidad cotidiana. El nuestro es un repudiable juego de espejos imperfectos, donde más tardamos en cantar villancicos gringos que en darnos cuenta de la ridiculez con que hacemos el calco del pensamiento europeo y norteamericano. Nos hemos quedado en un mapa sin completar, en un laberinto amputado.

En uno de sus ensayos William Ospina enfatiza que “somos una sociedad

avergonzada de sí misma y vacilante en asumir el desafío de conocerse, de reconocerse, y de intentar instituciones que nazcan de su propia composición social”⁴. No valoramos, ni queremos valorar lo que poseemos. Es preciso que quienes estén en el poder visionen un proyecto de ciudad que no busque imitar, sino que quiera implementar lo que no es necesario copiar porque ya es nuestro: la cosmogonía del Caribe, los caminos arcaicos que nos llevan al paraíso cruzado de indígenas, españoles y africanos, la identidad en la que hemos crecido y que cargamos sin saberlo en un recipiente de la memoria familiar. Harold Alvarado Tenorio versificó:

No pierdas el tiempo buscando la patria, la llevas contigo, con ella morirás sin haberla pisado.

Lo que pasa con la patria es justamente lo que sucede con las identidades: queremos encontrarlas en algún sitio, y muchas veces en un país lejano o en una cultura distante, pero todo ese esfuerzo termina siendo en vano: están tan metidas en uno que ya no se las puede pisar. Nuestro deber y el de los que nos representan es el de andar y crecer con la orgullosa certeza de tenerlas adentro. **E**

⁴OSPINA, William. *¿Dónde está la franja amarilla?*. Bogotá: Grupo Editorial Norma; 2009. p. 12.